

También se dedica a la influencia del marxismo en otro exiliado español, la aportación que cierra este libro. En su “La presencia de Marx en la obra de García Bacca”, Sergio Sevilla desarrolla de forma detallada la lectura por parte del filósofo español del pensamiento marxiano. Si bien García Bacca ha realizado una interpretación de varias corrientes del pensamiento filosófico, desde la filosofía griega hasta la fenomenología y el existencialismo, su interpretación de la obra de Marx adquiere una especial resonancia, en la medida en que termina desencadenando un nuevo concepto de praxis especialmente original. Aquel se traducirá en un proceso de recreación constante del hombre en el mundo, en el que la técnica, lejos de quedar demonizada en el interior de un análisis simplista, juega un rol fundamental.

En definitiva, es posible percibir en qué medida las aportaciones de *Liberalismo* y *socialismo* dibujan un panorama rico e interesante que revela la potencialidad del pensamiento exiliado español para repensar categorías del pensamiento político que en ningún caso pueden quedar fosilizadas. Esta obra nos permite constatar las contribucio-

nes de los autores exiliados basculan entre la esperanza y la frustración, ante la posibilidad de implementar sus planteamientos teóricos en la sociedad que han tenido que abandonar. Por supuesto, los capítulos que componen este libro no abarcan ni todas las temáticas ni todos los autores posibles. Por este motivo, debemos interpretar los contenidos de este libro como una muestra caleidoscópica de un proyecto mucho más amplio, al que el proyecto de investigación¹ en el que muchos de los autores del libro participaron estaba vinculado. A través de este recorrido múltiple e interdisciplinar es posible recuperar una tradición de pensamiento político que, pese a haber estado fuera de nuestra geografía durante décadas, todavía contiene un poso del que extraer elementos para ayudarnos a pensar nuestro presente.

Rafael Pérez Baquero
(Universidad de Murcia)

1 El proyecto de investigación es El pensamiento del exilio español de 1939 y la construcción de una racionalidad política (FF12012-30822). IP: Antolín Sánchez Cuervo.

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon.379931>

AZNAR, H., ALONSO, E. y MENÉNDEZ, M. (eds.) (2018), *Ortega y el tiempo de las masas*, Madrid: Plaza y Valdés, 220 págs.

El profesor Hugo Aznar lleva tiempo contribuyendo a la profundización y difusión del conocimiento de Ortega y Gasset y su tiempo a través de proyectos de investigación, jornadas de investigación y numerosas publicaciones. En este volumen, editado cuidadosamente por Elvira Alonso y Manuel Menéndez, se nos ofrece un conjunto de estudios en torno al problema de las masas, sus orígenes y aplicaciones más recientes.

En el primer capítulo, Dorota Leszczyna analiza la influencia de la pedagogía social neokantiana de Paul Natorp en Ortega. Como es bien sabido el neokantismo es, junto con la fenomenología, una de las dos fuentes del pensamiento filosófico de Ortega. Natorp proponía una educación humanizadora en clave kantiana que concibiera a la humanidad como fin último de la educación. El joven Ortega asimiló el pensamiento del profesor

alemán en su ampliación de estudios en Alemania. Después de una primera presentación al público español con la conferencia de “La pedagogía social como programa político”, el Ortega maduro elabora su teoría elitista de la sociedad partiendo de la idea de pedagogía social, que divide a la sociedad entre los que enseñan y los que aprenden. Es interesante comparar el aliento europeísta del neokantismo orteguiano a la luz de los berrinches unamunianos que alcanzaron también a la pedagogía social orteguiana.

El segundo capítulo estudia el discurso político en la presentación de empresas generacionales. Manuel Menéndez Alzamora comienza comparando las trayectorias de Azaña y Ortega. Estos dos pensadores conciben su tarea como labor de educación social en toda su amplitud: la pedagogía es algo que va más allá de las aulas y alcanza también cualquier evento público en el que un conferenciante diserta ante un auditorio. Ambos autores tienen la misma conciencia generacional, como se muestra en los dos discursos analizados en este texto; ambos trabajan por forjar una nueva conciencia nacional que deje atrás los viejos moldes (labor en la que tenían como precedente a Unamuno). Y, sin embargo, difieren en factores fundamentales, puesto que el programa político orteguiano se concreta en un liberalismo radical mientras que Azaña apuesta más bien por una democracia radical.

Ángel Peris Suay estudia en el tercer capítulo la minoría y la conciencia de crisis en el pensamiento de Ortega y Gasset. Aquí se realiza una necesaria e impagable labor de disección diacrónica de los conceptos de masa y minoría, puesto que no siempre significaron lo mismo en el pensamiento del filósofo madrileño. En su primera etapa, en la línea del neokantismo, Ortega asigna a las minorías el rol de educadoras. En la segunda etapa, marcada por *España Invertebrada*, la

consideración de las minorías se vuelve más vitalista y son ellas las que han de proponer programas de acción. En el Ortega maduro, por fin, la contraposición entre masa y élite se convierte en una llamada a la excelencia moral en el contexto de la crisis de la modernidad; y este último sentido de aristocracia moral y ejemplaridad es el que resulta fundamental y más duradero. Añadimos por nuestra parte que una clarificación de este tipo es fundamental en el pensamiento de Ortega, puesto que una mala interpretación de las minorías, en clave elitista y exclusiva y en sentido sociológico, se haría acreedora de las acerbas y justas críticas lanzadas por Unamuno, quien siempre desconfiaba de las minorías rectoras que al fin y al cabo buscaban su propio interés.

Anastasio Ovejero nos ofrece en el cuarto capítulo una reflexión sobre la utilidad de la teoría del hombre-masa de Ortega y Gasset para el siglo XXI. Aunque no hay trabajo filosófico, humanístico o histórico que no tenga aplicación al presente, es oportuno que de vez en cuando se nos recuerden explícitamente todas las potencialidades de una teoría formulada hace cien años. Se explican los dos peligros avistados por Ortega: el estatismo y pérdida de libertad individual por un lado y por otro el imperio del hombre masa y predominio de la vulgaridad. Ovejero pone de relieve las conexiones que tiene la teoría orteguiana con las reflexiones de Nietzsche, relación ampliamente conocida. Es inevitable no pensar en determinados pasajes de la *Genealogía de la moral* cuando se lee *La rebelión de las masas*; la oposición masa-minoría rectora se parece demasiado a la oposición siervo-señor; con la ventaja de que Ortega no se vio malinterpretado y usado por los fascismos pujantes. Las teorías de ambos autores han de entenderse en un sentido fundamentalmente moral, más que social o político. Y si los textos de Ortega

tienen hoy más vigencia que en los tiempos para los que fueron escritos, de nuevo el filósofo madrileño tiene un rasgo profético que lo acerca al Zaratustra nietzscheano, porque habló para un tiempo que aún no era el suyo.

El quinto capítulo, escrito por el propio Hugo Aznar y por Marcia Castillo-Marín ahonda en la aporía de la “Antropología de la libertad” orteguiana frente al “destino de las mujeres”. Mientras que el Ortega filósofo estaba embarcado en una antropología de la libertad individual que no hacía distinción de géneros y era y es perfectamente aprovechable para todos, el Ortega articulista y espectador se dejaba influir por los tópicos naturalizantes y biologizantes ambientales en torno a la mujer. Algunos autores de la época asimilaban el espíritu de la mujer al espíritu de la masa, por lo que en Ortega su papel parece reducirse al de ser acompañante del varón. Sorprende que Ortega no tuviera aquí la independencia de juicio que muestra en otros campos, más aún teniendo en cuenta la labor de guía que tuvo con algunas mujeres que brillan con nombre propio en la filosofía española. Añadiríamos que quizá de Nietzsche no solo obtuvo un benéfico influjo como veíamos en el anterior capítulo, puesto que para el filósofo del martillo “La felicidad del hombre se llama: yo quiero. La felicidad de la mujer se llama: él quiere” (De las viejecillas y las jovencillas, Primera parte de *Así habló Zaratustra*).

Ainhoa Uribe estudia en el sexto capítulo la relación entre la sociedad de masa y nacionalismo, y actualiza de modo novedoso el tema de la *España invertebrada* para hablar de una Europa invertebrada. De un modo muy acertado, se presenta el crecimiento de los nacionalismos en Europa como una reacción a la homogeneización que el hombre masa somete a los hombres

y los pueblos. La aparición del nacionalismo hacia adentro, el regionalismo que aspira a fragmentar la nación-estado de la que forma parte, comenzaba entonces a ser un problema acuciante. Después de precisar conceptualmente estos términos, se releen en un segundo momento a la luz de las teorías de Ortega; y descubrimos cómo las mismas soluciones que presentaba Ortega para la vertebración de España podrían considerarse hoy como válidas para la vertebración de Europa.

Ignacio Blanco Alfonso estudia la crítica a la sociedad de masas y la función social del periodismo comparando a Ortega y Gasset con Walter Lippmann. La sociedad de masas no puede entenderse al margen del desarrollo de los medios de comunicación; por eso interesa comparar a estos dos periodistas, que tomaron su labor como una vocación conformadora de una opinión pública a la altura de los tiempos. Sin embargo, apunta acertadamente el autor, el contexto de comunicación unidireccional ha cambiado profundamente desde la irrupción de los medios de comunicación social, especialmente en Internet, donde las identidades se han vuelto líquidas y no siempre queda claro quién está detrás del mensaje.

Como hemos visto, esta colección de estudios reunidos en torno al concepto de masa y a su máximo teorizador, Ortega y Gasset, tienen hondas repercusiones políticas, morales y comunicativas. Volver a discutir viejas ideas en un mundo nuevo es el modo de alumbrar nuevas posibilidades; y este libro es una invitación a ello.

Jaime Vilarroig Martín
(Universidad Cardenal Herrera)